



Dossier en homenaje a Silvana Filippi

Semblanza póstuma de la Dra. Silvana Filippi¹

FERNANDA OCAMPO²

*Sicut enim maius est illuminare quam lucere solum,
ita maius est contemplata aliis tradere quam solum contemplari*
(Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, IIa-IIae, q. 188, a. 6)

Redacto estas líneas con la incomodidad y en parte la pena de saber que nada de lo que diga puede hacerle justicia a la persona de Silvana: a quien ella fue y al bien inconmensurable que hizo. Las demostraciones de cariño y reconocimiento hacia ella con las que me encontré en estas pocas semanas transcurridas, de apenas *algunos* de los incontables alumnos de grado, auxiliares, becarios, tesistas e investigadores en formación, a los que Silvana enseñó, guio, dirigió y codirigió, me confirman que es imposible dar cuenta de la grandeza de los dones que ella repartió, aquí y allí, en sus más de 30 años de docencia e investigación. Sólo puedo hablar en primera persona, sobre las excepcionales virtudes y cualidades de las que fui testigo en mi trato con ella, con la clara conciencia de que hay mucho *más* y muchos *otros* para decir.

Conocí a Silvana hace varios años, primero en el marco de unas jornadas de filosofía medieval, en donde ella exponía, y luego, un poco más íntimamente, con ocasión de un seminario de doctorado, que tuve la oportunidad de cursar junto con algunos compañeros. De aquellas clases, recuerdo particularmente el empeño y el cuidado con que eran preparadas, y en especial, el fervor, la vitalidad y la firmeza en el hablar de Silvana, propios de alguien apasionado en lo suyo y convencido de sus afirmaciones, porque las ha madurado en el tiempo. También recuerdo su gran calidez personal y cercanía, su irrestricta accesibilidad, y su entrega sumamente comprometida a la corrección esmerada, pero no abrumadora –y así realmente provechosa para su autor–, de trabajos y monografías. Estas cualidades, y muchas otras, que en aquel entonces apenas entreveía, se hicieron más patentes para mí a lo largo de los años, a

¹ Este texto constituye una versión abreviada y levemente modificada de las palabras pronunciadas en el “Homenaje a la Dra. Silvana Filippi”, organizado por la Red Latinoamericana de Filosofía Medieval (RLFM), el sábado 10 de julio de 2021.

² Universidad Nacional de Rosario (Rosario, Santa Fe, Argentina).
fernandaocampob@hotmail.com

partir de mi incorporación a la cátedra de “Historia de la Filosofía Medieval y del Renacimiento” en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. En Silvana, el amor por la labor filosófica era inescindible del amor por la docencia y la formación de investigadores: trabajadora infatigable, en ejercicio intelectual constante, su generoso afán por dar impulso a las jóvenes generaciones la hacía asumir con igual responsabilidad la tarea de transmitir a otros lo aprendido, y de entrenar y hacer florecer nuevos pensadores para la filosofía.

Aunque no me doctoré bajo su tutela, en los años posteriores de colaboración junto a ella en la cátedra, Silvana me acogió bajo su ala protectora como a uno más de sus tantos “retoños” de aquí y allí, recibiendo por parte de ella los mismos “cuidados”: una escucha y disponibilidad permanentes (nunca olvidaré la inagotable solicitud y atención con la que contestaba los mails o respondía a los llamados, a veces en horarios poco prudentes); una disposición casi heroica a la lectura, relectura, revisión y corrección de trabajos, escritos y proyectos (tarea abismal e imperturbable que ejercía con especial diligencia no sólo en relación con sus estudiantes y “dirigidos”, sino también en relación con sus colegas en la forma de par evaluador); una actitud de firme confianza en la persona del otro y en su capacidad de autosuperación –algo incalculablemente valioso para quien da los primeros pasos en un oficio–; un interés genuino, y realmente comprometido, en el progreso y perfeccionamiento efectivo del otro.

Porque Silvana se involucraba en toda su hondura. Ella sabía muy bien que detrás del “filósofo” (o más bien, del “aprendiz de filósofo”) se encontraba el “hombre”, *concreto*, con su historia, sus limitaciones, sus debilidades, sus miedos, sus luchas. Sabía que la filosofía estaba hecha del tejido de la vida, y que no había forma de sacar adelante al “filósofo”, sin sacar adelante también al “hombre”. Dotada de una especial clarividencia por la que podía leer en el interior de cada individualidad, Silvana tenía la capacidad de detectar “demonios” y de ponerlos en evidencia: quienes hemos tenido –por ejemplo– la experiencia de encarar un proyecto de tesis (de licenciatura o de doctorado), sabemos, en mayor o menor medida, de la existencia de estos “demonios”. Silvana tenía el don de ponerlos al descubierto y de instar a combatirlos con confianza, firmeza y convicción. ¡A cuántos habrá enfrentado, y de qué variadas tonalidades y tamaños! Lo hacía de manera incansable, sin nunca darse por vencida, sabiendo, no obstante, que el cambio debía provenir del trabajo interior de la persona que tenía enfrente. Así, pese a la terquedad, la debilidad, la resistencia o la frustración que muchas veces el *otro* le oponía, Silvana, cual “tábano” con su incómodo aguijón, no dejaba de marcar pacientemente lo que debía corregirse o enderezarse, a la vez que iluminaba el enorme *bien* que aquella

transformación traería, y acompañaba con insistentes palabras y gestos, de confianza, fidelidad y aliento.

Pero Silvana fue una gran guía, ejemplo y sostén, no sólo en lo académico, sino también en lo personal. Traspasando las fronteras de los intereses filosóficos, su pasmosa lucidez, su visión sabia y profunda de la vida, su fortaleza, su carácter valiente y determinado, y su inquebrantable fe, se ponían en numerosas ocasiones al servicio, no del “filósofo”, sino del “ser humano”: ¿a cuántos nos ha aconsejado, amorosamente, en las más variadas situaciones de la vida, ofreciéndonos gratuitamente su cariño y amistad?

Querida Silvana:

Queda mucho por decir. En estas breves líneas, no he hablado de tu inmensa devoción por la filosofía medieval, en la que encontraste un tesoro de verdad inextinguible; tampoco me he referido a los méritos filosóficos de la extensa y valiosísima obra escrita que has dejado en la forma de artículos y publicaciones; ni he mencionado los muchos otros logros admirables de tu “hoja de vida”. Eso queda quizás para más adelante, y también, para otros. Simplemente busqué iluminar, como mejor pude, la calidad de persona y formadora que fuiste, y el inmenso bien que realizaste.

A poco tiempo de tu partida, la herida continúa abierta, y no es fácil deshacerse del dolor y de la sensación de vacío que trae tu ausencia. Vos nos hacías mejores. Con vos podíamos más. A quienes te conocimos en la cercanía y tuvimos la dicha y la bendición de trabajar bajo tu supervisión o a tu lado, nos queda una enorme tarea y responsabilidad: no sólo la progresar incansablemente en la labor filosófica, sino la de convertirnos en mejores docentes y formadores. Y en mejores personas.

Que Dios te recompense en el Cielo, querida Silvana, lo que nosotros no podemos. Y que allí te reciban tus seres queridos y tus grandes maestros: Raúl Echaury, Étienne Gilson, Tomás de Aquino.